

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

## Comentario sobre México: Crisis de un régimen de Estado-partido

**Luis Miguel Rionda\***

El ejercicio de la reflexión política en nuestro país no es una actividad nueva o extraña a las tradiciones periodísticas o académicas nacionales. Al menos desde el siglo pasado, encontramos analistas que desmenuzaban el acontecer político y ensayaban interpretaciones de mayor o menor profundidad, como lo evidencian las plumas del Nigromante, José María Luis Mora, Lucas Alamán y muchos otros. Sin embargo, lo que sí es nuevo es el rigor discursivo y la preocupación por la objetividad en los acercamientos a los fenómenos políticos, que por naturaleza son siempre sujetos de debate y por ende subjetivos. Apenas en los años sesenta y setenta de este siglo, vemos publicados los primeros trabajos de sociólogos políticos mexicanos que someten al tema y sus componentes —el Estado, el poder público, los partidos, las elecciones, las ideologías— al escrutinio sistemático, riguroso y ecuánime del científico social, echando mano de herramientas que no se acostumbraban en un campo tan movedizo como el de la política y sus actores. Junto con este aporte metodológico, vino también el acercamiento teórico holístico e integrador, que bajo el paradigma de actualidad —estructuralismo, marxismo, teoría elitaria, teoría de sistemas, por ejemplo— pretende enmarcar el análisis coyuntural dentro de los procesos de largo plazo, históricos, sociales, sustantivos. Del análisis sistemático —la descomposición del todo en partes manejables—, tan caro al positivismo, se dio el paso hacia la síntesis integradora, con lo que se permitió aventurar interpretaciones más “densas”, cualitativas y cer-

\* Investigador de la Universidad de Guanajuato Correo electrónico: rionda@quijote.ugto.mx

canas a la hermenéutica filosófica, con lo que la ciencia política se enriqueció y cobró personalidad definitiva entre las disciplinas sociales.

Es dentro de esta última tradición que se inscribe el texto de Arturo Anguiano, quien despliega en apretadas páginas un excelente nivel de síntesis reflexiva sobre el desarrollo reciente de la democracia "de calzador" que se ha venido ensayando en nuestro país desde 1978.

Es evidente que no se trata de una aportación original en términos empíricos, pero sí en cuanto al acercamiento interpretativo, que evidencia su fuerte componente marxista dialéctico. Este enfoque ha sido prematuramente jubilado en las ciencias sociales mexicanas, como absurdo resultado del desprestigio y caída del socialismo real alrededor del mundo; pero textos como el presente evidencian el vigor y potencialidades analíticas del paradigma teórico, que son independientes del destino del aparato político estatal que se vistió con una ideología pragmática revolucionaria derivada de accidentes históricos.

Necesariamente se deben exponer algunos señalamientos críticos, que parten de diferendos teóricos y metodológicos con el autor. Su estilo expositivo, contundente y claro, suena un tanto declarativo y militante, con frecuentes tomas de posición política que no son sustentadas más allá de la exposición tajante basada en calificativos: "fraude multiforme y brutal", "insurrección ciudadana", "fraude escandaloso", "presidencia despiadada", etcétera. Podríamos estar de acuerdo apriorísticamente con algunos de estos calificativos, pero en términos rigurosos son un riesgo para un artículo con pretensiones científico-académicas. Pero esta situación se acentúa si los calificativos no son seguidos de evidencias concretas que apoyen los asertos discursivos.

Por otra parte, llama la atención la relación que el autor encuentra entre el repunte del abstencionismo y la caída del voto priísta. Hasta donde llega mi conocimiento, no se ha encontrado empíricamente dicha relación, que además suena contradictoria. Las elecciones federales de los años noventa, con excepción de las de 1994, parecen contradecir esta suposición. "Abstencionismo y disidencia se combinan a veces", dice el autor. ¿El abstencionismo puede ser in-

terpretado como un voto pasivo en contra del sistema? ¿No podría ser también interpretado de forma totalmente contraria? Otros autores, como Soledad Loaeza, encuentran que el abstencionismo en las elecciones recientes afecta por igual a todos los partidos, y no necesariamente a la oposición, incluso puede parecer beneficiarla.<sup>1</sup> Las elecciones de 1988 fueron de baja participación electoral (50.2%), y en ellas el PRI salió muy raspado con apenas el 50.7% de los votos, mientras que en las de 1991 y 1994, con más participación (65.1% y 77.7%), ese partido registró una recuperación sustancial, sobre todo en términos absolutos (Gómez Tagle, 1993: 33; Pérez, Alvarado y Sánchez, 1995; Gómez Tagle, 1998: disquetes anexos).

En otra parte del texto se habla de la “modernización del fraude con la introducción de la rebuscada ingeniería electoral”. En lo personal considero que una aseveración de este tipo debe ser sustentada con todo cuidado, sobre todo si hay alguna carga semántica negativa. La ingeniería electoral es practicada por los partidos modernos, y no puede ser tan sencillamente vinculada con prácticas ilegales. A diferencia del fraude burdo y directo —relleno o robo de urnas, alteración de resultados, intimidación directa de votantes, carruseles, “tacos” de votos, etcétera—, la ingeniería electoral puede ser, a lo más, un espacio de frontera entre la legalidad y la ilegalidad: territorialización del operativo electoral, empleo de liderazgos naturales, acarreo de votantes, presiones psicológicas individualizadas, “compra” del voto, “cuotas” de votantes para los activistas o las organizaciones, disuasión psicológica de votantes opositores, difusión de información falsa, etcétera.

Por último, me pareció evidente la gran confianza del autor en la sociedad autorganizada. Es una apuesta atractiva, pero que presenta demasiadas facetas como para ser defendida como la única o la mejor fórmula para un país que presenta un caleidoscopio tan variado en cuanto a la cultura política de sus habitantes. Por ejemplo, la creciente presencia de las ONG en diferentes ámbitos del ser social urbano de esta nación ha sido presentada como una evidencia del

<sup>1</sup> “[...] igual que en el pasado [en las elecciones de 1985], muchos de los estados donde Acción Nacional registró sus votaciones más altas resultaron de baja participación electoral” (Loaeza, 1999: 376).

papel más amplio que está jugando la "sociedad civil" en la definición de la convivencia política. La sociedad se ha movilizad, sin duda, pero de forma diferencial entre sus regiones y sus estratos. La gran participación cívica que se ha evidenciado recurrentemente en espacios como el D.F., el norte y el centro del país no se encuentra en amplias zonas del centro y del sur. Tampoco se puede comparar el activismo de las zonas urbanas con el de los sectores rurales, o entre la sociedad mestiza y los conglomerados indígenas —por supuesto con notables excepciones—. Este carácter diferenciado entre las regiones del país ya se había evidenciado en trabajos colectivos y comparativos como los coordinados por Martínez Assad (1985), Alvarado (1987), Alonso y Tamayo (1994), y Gómez Tagle (1997).

El régimen mexicano de Estado-partido, que Sartori calificó alguna vez de sistema hegemónico-pragmático, por su gran capacidad de cooptación y su pretensión de constituirse en el receptáculo de los intereses de todas las capas sociales, respondió a una necesidad histórica concreta: el desdibujamiento de la nación y sus instituciones como consecuencia no tanto de la caída del ancien régime porfirista, sino de las secuelas de enfrentamientos permanentes entre las clases sociales, las regiones y las generaciones por el predominio al interior del proyecto —si es que había alguno— revolucionario. México, esa entelequia fraguada dentro de las mentes de los criollos y liberales del siglo XIX, era a la sazón una "realidad virtual" sostenida tan sólo en el discurso nacionalista, mas no en los hechos de la realidad cotidiana. El territorio y su población se desgajaban en sus elementos estructurales —sus clases y gremios—, geográficos —regiones y cacicazgos— y entre generaciones en pugna —las élites. El PNR nació no como un partido de Estado, en el sentido de constituirse en el espacio donde se definen unilateralmente las grandes políticas que deberá instrumentar el gobierno, o donde se forjan los liderazgos y las camarillas que competirán por el poder real —como sucede en los partidos únicos de países socialistas o fascistas—. Más bien fue concebido como instrumento de control desde el Estado hacia la sociedad, cuyo papel en la definición de políticas públicas y formación de camarillas era bastante limitado.

La versatilidad del PNR —partido de partidos y caudillos—, PRM —partido de movilización de masas— y PRI —partido corporativi-

zudo legitimador— ha respondido a su misma inocuidad política, a su ausencia de proyecto y a su carácter instrumental. La sociedad civil lo ha rebasado con frecuencia, pero sorprende la capacidad de respuesta, la maleabilidad que pronto restaura la hegemonía de ese partido. Así lo hemos visto desde los años ochenta en las caídas electorales que son seguidas por movimientos de reflujo restaurador. En los noventa, con una mayor claridad y confiabilidad en los procedimientos electorales, y una mayor participación ciudadana, el partido oficial está lejos todavía de poderse considerar abatido o sepultado.

Todos estos temas son ámbitos propicios para el debate, en un medio político-social tan cambiante como el mexicano. Sin embargo, es evidente que los estudiosos pueden dejarse llevar por sus entusiasmos y filiaciones, muy en particular cuando surgen actores carismáticos —como en el caso de Vicente Fox— o movimientos de rebeldía —como el neozapatismo— que se asumen como portavoces de la “sociedad civil” movilizadora. Es fácil entusiasmarse con heterodoxos que retan al detestable Leviatán, aun en su careta mexicana de ogro filantrópico. Por ello manifiesto mi inquietud al leer algunos señalamientos de nuestro autor reseñado, quien emite juicios como el afirmar que la rebelión chiapaneca provocó una “sorpresiva movilización nacional en apoyo a las demandas del EZLN” y que esa movilización, aunada al “redespertar de la opinión pública crítica contuvieron la guerra imponiendo el cese al fuego”. Algunos podríamos sostener la opinión de que el cese al fuego respondió más a factores externos al país, que a la pretendida movilización interna. Nadie niega el valor cuestionador y “falsacional” —en términos de Popper— del movimiento neozapatista, pero habría que observarlo más cuidadosamente, evaluando su efectividad real y su papel, más simbólico que práctico, dentro de la democratización de nuestro país.

Estas fueron algunas de las reflexiones que me despertó el artículo de marras. Más que un texto trascendente en términos académicos, lo percibí como un ejercicio de reto para el debate, un desafío afortunado que buscó replantear críticamente el papel del Estado mexicano en un contexto de crisis y metamorfosis dentro de la caótica e interminable transición democrática mexicana.

## Bibliografía

Alonso, J. y J. Tamayo (1994), Elecciones con alternativas. Algunas experiencias en la República Mexicana, México, La Jornada Editores y CIIH/UNAM.

Alvarado, A. (ed.) (1987), Electoral Patterns and Perspectives in Mexico, La Jolla, Center for U.S. Mexican Studies, U.C. San Diego, Monograph Series, 22.

Gómez Tagle, S. (coord.) (1993), Las elecciones de 1991. La recuperación oficial, México, La Jornada Editores y G.V. editores.

\_\_\_\_\_ (1997), 1994: las elecciones en los estados, México, La Jornada Editores y CIIH/UNAM.

\_\_\_\_\_ (1998), La transición inconclusa. Treinta años de elecciones en México, México, El Colegio de México [Estadísticas electorales en disquetes anexos].

Loeza, S. (1999), El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta, México, Fondo de Cultura Económica.

Martínez Assad, C. (coord.) (1985), Municipios en conflicto, México, ILS/UNAM.

Pérez, G., A. Alvarado y A. Sánchez Gutiérrez (coords.) (1995), La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994, México, Miguel Ángel Porrúa

Sartori, G. (1980), Partidos y sistemas de partidos, Madrid, Alianza.